# Recopilación de relatos cortos

Amanda Vega

Image not found.

# Capítulo 1

**Desierto**

Llevamos horas caminando a través de este maldito desierto y parece como si no hubiésemos avanzado lo más mínimo. Es frustrante. Increíblemente frustrante. Y ella sigue sin hablarme. Ni siquiera se digna a dirigirme una sola mirada. Creo que sigue culpándome por encontrarnos en esta situación. No entiende que solo quería protegerla a ella y a los niños. ¿Por qué será tan cabezota? Da igual los años juntos, nunca lograré entenderla.

El sol se encuentra en lo más alto, y el calor aprieta con fuerza, pero de momento estoy aguantando bien, hace una hora me resultaba insoportable. Me estaré acostumbrando. En cambio ella no deja de sudar. Su cabello, empapado, se pega en su frente. Incluso veo como largas gotas de sudor recorren su cuello, acabando en el escote de su camiseta de tirantes. Sus pasos cada vez se hacen más pesados y lentos, levantando pequeñas humaredas de polvo. ¿Cómo no va a estar cansada llevando esa pesada mochila a su espalda?

— ¿Por qué no dejas el orgullo a un lado y me pasas la mochila?

Nada, ni una palabra. ¡Dios, odio cuando se pone en ese plan! Lo peor es que nuestro hijo mayor ha salido a ella y no hay quien pueda con los dos. Ahora que lo pienso, espero que los dos se encuentren bien. Eso de dejarlos de esa forma tan repentina con nuestros vecinos no me gustó nada. No me gusta dejarlos solos. Seguro que están muy asustados. La pequeña cuando no me ve se asusta mucho. Sobre todo después de lo ocurrido la noche anterior.

— ¡No puedo más! ¡No puedo! —exclama mi mujer, dejándose caer en el suelo de rodillas y arrancando la mochila de sus hombros con tanta violencia que sale volando unos centímetros, produciendo un sonido seco y una pequeña humareda de polvo.

—Eso te pasa por no hacerme caso —le recrimino.

Me siento a su lado en el suelo a esperar que se recupere un mínimo para continuar caminando. No podemos darnos el lujo de detenernos mucho rato. Ni siquiera sabemos a qué distancia estamos de la civilización. Esos desgraciados nos hicieron gastar toda la gasolina del coche para darles esquinazo.

—Tengo tanta sed... —murmura ella, ocultando la cabeza entre las piernas

—, no puedo...

Odio verla así, odio que tenga que pasar por este calvario por mi culpa. Quizás, si dejásemos esa pesada mochila aquí podríamos ir mucho más ligeros, pero, si la abandonamos ahora nada habrá merecido la pena. En esa mochila está nuestro futuro. El de nuestra familia. No pienso renunciar a ello, nunca. Literalmente hemos matado por esto. No podemos rendirnos ahora que estamos tan cerca.

El viento sopla con fuerza y mi mujer se cubre los ojos, para rascárselos con violencia después. Se levanta con dificultades y se dirige a recoger la mochila.

— ¡Venga! —Exclamó indignado —, ¡Te he dicho que me la dejes llevar a mí! ¿Qué esperas demostrarme con esa actitud de súper woman? ¿Qué eres más dura que yo?

De nuevo, como era de esperar, me ignora. Se ajusta las dos asas de la mochila a la espalda y tras sacudirse los pantalones vaqueros de arena, suspira y vuelve a ponerse en marcha.

— ¡Bien, genial! ¡Haz lo que te dé la gana, como siempre! ¡Ignórame todo el camino, venga! —Le grito a sus espaldas mientras caminamos —, pero que sepas que voy a estar dando por culo hasta que me hables.

Ni caso. Suspiro y sigo avanzando detrás de ella.

—Es que tampoco entiendo porque estas tan enfadada conmigo. Los dos estuvimos de acuerdo en hacer el trato con esa gente. Si, vale, fui yo quien luego quise echarme atrás, pero reconoce que eras tú quien no dejaba de repetir; “No es suficiente dinero”, “necesitamos más para comprar la casa, para el fondo de la universidad de los niños, para los dos coches” ¡Siempre necesitábamos más según tú y ahora me vienes echando la culpa de lo que ha pasado por tu ambición!

Vaya, parece que mis palabras han dado resultado, al menos he logrado que se pare, aunque sigue sin volverse para mirarme.

—Mira, ya tenemos suficientes problemas como para andar discutiendo entre nosotros —le dijo, intentando suavizar las cosas. Bien sabe que no puedo estar enfadado con ella mucho rato —. Pensemos en salir de esta cuanto antes y volver a por los niños. Compremos esa casa que tanto te gustó cuando la visitamos, y también el Audi y dejemos este extraño episodio de nuestras vidas atrás. Nadie tiene porque enterarse de lo que hicimos. Es imposible. Esos hombres están muertos, ellos eran nuestra única conexión con la organización. La policía nunca sospechará de dos ciudadanos respetables como nosotros. Así que centrémonos en volver a

casa, recoger a los niños y llevar una vida normal de nuevo.

De pronto, veo cómo se lleva las manos a la cara y empieza a llorar, dejándose caer de rodillas sobre el ardiente suelo de ese maldito desierto.

—No, no llores por favor —le suplico —, no llores...

Una punzada de angustia me atraviesa el pecho.

—...

¿Por qué no recuerdo el nombre de mi mujer?

—Frank... —murmura ella, con el rostro oculto entre las manos —. Te necesito, no puedo llegar a casa sin ti...que le voy a decir a los niños...todo es culpa mía...

—Pero... ¡si estoy aquí! —balbuceo acercándome a ella. Pongo una mano en su hombro, pero no puedo tocarla. No sé qué está pasando. Giro la cabeza a mí alrededor. Nada. Un infinito paraje de arena, rocas y arbustos quemados por el sol. Tranquilízate, me digo a mi mismo, piensa, piensa.

—Si te hubiese hecho caso en su momento... —continuó diciendo ella, limpiando las lágrimas de sus ojos enrojecidos con el antebrazo —. ¡Soy una jodida estúpida egoísta de mierda!

Fragmentos de imágenes aparecen ante mis ojos superponiéndose con el paisaje desértico. Es como ver una película en 3D; nos veo a los dos conduciendo por la solitaria carretera. Solo los dos hombres nos persiguen en su Chevrolet marrón oscuro. El indicador de la gasolina parpadea insistentemente. A continuación, nos paramos en un lado de la carretera, saco una pistola, mi mujer otra y les esperamos. La escena se corta. Otra escena. Mi mujer llorando mientras me ayuda a apoyarme en una de las puertas del coche. Tengo la camisa ensangrentada por la parte del estómago. Mi mujer tiembla con violencia sin dejar de llorar, tratando de sujetar con firmeza su pistola.

“Hazlo”

Al escuchar mi propia voz no puedo evitar soltar un alarido y apartar la vista de esa macabra película, la película de mi propia muerte. Es curioso. No siento nada. Ni ira, ni miedo, ni remordimientos. Todas esas emociones se han esfumado, como arrastradas junto a una de las ráfagas de viento y arena.

En estos momentos solo me importa una cosa; ella.

Sé que no queda mucho para que todo termine.

Haciendo acopio de las escasas fuerzas que le quedan, mi mujer se vuelve a levantar y casi arrastrándose, continúa caminando. Lo único que quiere es regresar a casa y ver a los niños. No necesito estar dentro de su cabeza para saberlo. Llevamos más de trece años juntos. Simplemente lo sé.

Sigo a su lado, esta vez en silencio. Esperando, acompañándola en este vía crucis. No pienso dejarla sola, nunca.

Poco a poco, su conciencia se va desvaneciendo junto con el sol, escondiéndose tímidamente en el horizonte. Su hora pronto llegará. De nuevo, se para y vuelve a caer de rodillas, para posteriormente desplomarse contra el suelo junto con la abultada mochila. Me sitúo frente a ella, esperándola.

Tras abrir los ojos, ella se pone en pie con agilidad y por fin, nuestros ojos se encuentran. Al ver de nuevo esa radiante expresión en su rostro, no puedo evitar devolverle la sonrisa. Se acerca a mí y me toma de las manos con fuerza.

—Frank, ¿Dónde te habías metido? —me preguntó, hinchando los mofletes y frunciendo el ceño. Ese gesto tan suyo, siempre me ha parecido el gesto más encantador del universo. La adoro.

—Siempre he estado aquí, a tu lado.

—No estabas...yo...tenemos que llegar a casa cuanto antes.

—Ya no tienes por qué preocuparte de nada —le digo acariciando su delicada y tersa mejilla —, ya puedes descansar.

— ¿Cómo...?

Al volver la vista hacia atrás y ver su cuerpo tendido en la arena del desierto, se queda desconcertada, hasta que por fin, gira la cabeza hacia mí y sonríe con tristeza.

—Yo solo quería lo mejor para nuestra familia, Frank.

—Yo también, Bianca, yo también.

# Capítulo 2

**Rigor Mortis**

Disfruto mirando su piel, blanca e incorrupta, me fascinan sus brazos y sus piernas inertes tumbados en la mesa de autopsias de la morgue. No sé ni quien es, ni de donde es, ni de dónde ha salido, ella solo forma parte de las tantas y tantas imágenes que descargo todos los días por internet. Esta es la única manera que tengo de calmar mis sucias y oscuras fantasías. Sí, me masturbo con fotos de cadáveres, y sí, soy un auténtico depravado.

Hace cuatro años empezó esta pesadilla, cuando solo tenía catorce años. Mi padre no se encontraba en casa, como es costumbre, y mi madre hacía años que nos había abandonó. Solo nuestra espeluznante ama de llaves se encontraba en casa en esos momentos. Yo, aprovechando que la vieja bruja hacía la colada y casi nunca me prestaba atención, me descargué una aplicación para entrar en ese sitio tan supuestamente "cool" y "peligroso" como lo llaman mis compañeros de clase, llamado la red profunda o "Deep web". Tomé todas las precauciones para que no me pillasen, y ahí, por primera vez, encontré la respuesta al porqué de mi falta de lívido. Otros tíos se metían conmigo cuando les decía que nunca me la había cascado viendo fotos o pensando en chicas desnudas, hasta llegué a pensar que era asexual o alguna chorrez de esas que se han puesto tan de moda, porque tampoco me ponían los hombres. Gracias a esa parte oscura y retorcida de internet, donde se da lugar a la peor escoria de la humanidad, descubrí mi verdadero yo, y creedme, no fue nada agradable. Desde entonces, he luchado por intentar quitarme esta lacra de encima probando toda clase de perversiones sexuales, pero nada funciona. Soy incapaz de excitarme con chicas vivas, que respiren. En cuanto las veo moverse o hablar me asquean y se me cae todo, literal. Incluso llegué a contratar a una escort y la pedí que se hiciera la muerta mientras follábamos, pero ni con esas. Además, me miró con cara de asco y eso me hizo sentir peor todavía.

En mi instituto han comenzado a surgir rumores sobre mí. Al parecer, soy un tío guapo y a las chicas les atraigo y no dejan de pedirme citas. Yo siempre las rechazo, es imposible para mí liarme con ellas. Cansado de ser un "anormal", he decidido armarme de valor y contarle mi asqueroso secreto a la nueva psicóloga y orientadora del centro. Ella parece una mujer comprensiva, aun así, le pido que por favor no le cuente nada de esto a mi padre. Por nada del mundo quisiera que se enterase de esta repugnante desviación mía. Tras contarle mi problema, se queda pensativa y me pregunta por mi madre, sí sé por qué se marchó de casa y si eso pudo afectarme de alguna forma. Le digo lo que sé del tema. Poca cosa, solo lo que me contó mi padre; que era una furcia que se acostaba

con todo hombre que le cruzaba por medio. En definitiva, una grandísima puta. La psicóloga me dice que tengo demasiada ira contenida, que algo dentro de mi subconsciente es la causa de mi repugnante y asquerosa parafilia y me propone hacer una sesión de hipnosis, de regresión a la época en la que mi madre se fue. Yo no estoy nada convencido con esas cosas, me parecen cuentos de loqueros para justificar que hacen algo y no solo escuchar las gilipolleces de sus pacientes, pero por probar, no pierdo nada, así que le digo que sí y al día siguiente concertamos una cita para realizar la sesión.

Los nervios no me dejaron dormir la noche anterior pensando en la regresión, por lo que tuve que pajearme de nuevo con otras cuantas fotos de cadáveres. A veces, me pregunto si esto de bajar esa clase de imágenes de internet será legal y no vendrá la policía a por mí algún día. Bueno, me arriesgaré.

Cuando llega la hora de mi sesión con la psicóloga, me acomodo en un confortable diván, y me pide que cierre los ojos y me concentre en su voz, muy bonita por cierto, y poco a poco, caigo en un profundo trance. Va haciendo preguntas sobre donde me encuentro y que veo a mí alrededor. Todo se torna muy confuso. Veo a mi padre gritándole a mi madre, furioso, balanceándola de un lado a otro con fuerza por los hombros mientras la vieja bruja de nuestra criada los mira desde la distancia sin mover un dedo, con esos ojos fríos e inertes como lápidas de piedra. Al rato, la imagen cambia y veo como mi padre está encima de una especie de muñeca de tamaño natural desnuda. Él, desnudo de cintura para abajo se encuentra encima de ella, empujándola una y otra vez, gimiendo y emitiendo unos sonidos de lo más asquerosos. La vieja ama de llaves me sujeta, y al mirarla, otra escena se sucede en mi cabeza. Esta vez, observo al ama de llaves metiendo la misma muñeca que mi padre estuvo utilizando anteriormente  en una especie de arcón de hierro. Sus brazos y sus piernas flácidas, sobresalen del arcón, pero la vieja criada las introduce a la fuera para cerrar la tapa. De pronto, me despierto sobresaltado. Al parecer he estado gritando y no me he dado cuenta. La psicóloga me dice que es normal cuando se experimentan recuerdos ocultos en el inconsciente y que el sacarlos a la luz puede producir estados de severa alteración. No entiendo una mierda de lo que dice, pero lo que sí entiendo es su diagnóstico; parece ser que el confundir a la muñeca del sótano que utiliza mi padre para desfogarse con un cadáver, mi mente de niño distorsionó mi concepto de la sexualidad y de ahí mi excitación con cuerpos muertos. Me parece una explicación lógica y coherente, pero en mi interior siento, sé que hay algo más. ¿Por qué sino aparecería la vieja en mis recuerdos con esa intensidad y mi padre pegando a mi madre de esa forma?

Decidido a acabar con esto de una vez por todas, de nuevo, cuando mi padre no está en casa, me armo de valor y subo al desván para comprobar por mí mismo si esa muñeca existe y como es. Quiero verla,

necesito verla. Si ese es el origen de mis grotescas fantasías, más a mi favor para observarla de cerca. La vieja criada me pilla y le tengo que dar una tonta excusa para subir. Le cuento la primera estupidez que se me ocurre; quiero vender mi vieja Super Nintendo por Ebay. Ella insiste en que mi padre no quiere que suba ahí, pero me pongo pesado y tras discutir con ella y mandarla a tomar por culo, subo. Sé que la muy guarra va a llamar a mi padre para contárselo, pero ya todo me da igual.
Al llegar, veo el arcón metálico negro al fondo. Me sorprende como el resto de cosas del desván están cubiertas por una gruesa capa de polvo, mientras que ese arcón se encuentra limpio, impoluto, como si alguien lo limpiase a menudo. Trago saliva, me arrodillo y abro la tapa para descubrir su valioso contenido. Reprimo una arcada, pero no puedo dejar de mirar, entre maravillado y horrorizado. El olor acre y polvoriento que desprende la momia que me saluda con un rictus siniestro en el rostro desde el fondo del arcón, me hace esbozar una sonrisa. Me fijo en que todavía conserva hilos de cabello rubio pegados al cráneo, roto en uno de los lados. Los recuerdos de mi yo infantil se agolpan en mi mente, y de pronto, todo cobra sentido; mi padre golpeando a mi madre, mi padre desnudo sobre el cuerpo de una muñeca sin vida y la vieja criada guardando ese cuerpo de mujer de miembros flácidos y pálidos como el mármol en el arcón.
De improviso, mi padre aparece en la puerta del desván y me observa, intrigado. Supongo que estará pensando cual será mi próximo movimiento; si llamar a la policía, tratar de matarlo, golpearle, no lo sé. No se molesta en explicarme nada, solo me dice:

— ¿Por qué has tenido que recordarlo? Si hubieses olvidado lo ocurrido con tu madre para siempre, podrías haber sido feliz

—Ya soy feliz — le respondo esbozando una gran sonrisa de liberación, — Por fin he descubierto lo que soy en realidad. Soy un digno hijo de mi padre.

Él, orgulloso de mí, me devuelve la sonrisa y me abraza. Por primera vez no me siento mal conmigo mismo, al contrario, experimento una sensación de liberación y una paz como nunca antes fui capaz de imaginar.

Para celebrar la nueva etapa de mi vida, pienso en invitar a la persona que me ha ayudado a encontrar esa paz a cenar; mi preciosa psicóloga. Quien sabe, quizás surja esa chispa, ese momento donde me decida a dar el paso como hizo mi padre con mi madre. Es hora de que empiece a buscar el verdadero amor, y para ello, necesito adentrarme en el mundo de los vivos...o mejor dicho en el mundo de los muertos.

# Capítulo 3

**Recuerdo de una noche de verano**

*"Mientras te escribo estas líneas, no puedo apartar la mirada de la taza de café humeante que tengo justo enfrente. Envolverme en ese delicioso aroma me hace sentirte a mi lado de nuevo. Sí, se exactamente lo que estás pensando al leer esto, y sí, lo sé, soy una sentimental, pero no puedo evitarlo. Desde el primer momento en que te vi supe cómo iba a terminar esto, aunque me lo negué a mí misma una y otra vez en un desesperado intento por cambiar un destino del cual era imposible escapar. ¿Recuerdas cuando recogiste mi fular en la playa? Estabas tan concentrado escribiendo en tu cuaderno que ni siquiera te diste cuenta del rato que llevaba observándote  sentada a escasos metros de distancia. Me sonreíste de medio lado y me llamaste descuidada. "No deberías confiar tan a la ligera en las personas. Eres demasiado inocente, rosita" Tuve que aguantarme las ganas de echarme a reír a carcajadas cuando te escuché decir esa frase. Cómo me molestaba que me llamases así. En ese momento éramos dos desconocidos, no sabíamos nada el uno del otro, después de las dos semanas que hemos pasado juntos, sigo sin saber realmente quien eres en realidad pero no me importa. Al despertarme esta mañana sola en la habitación del hotel, el pánico se apoderó de mí. Después de comprobar que tu maleta y tu ropa seguían allí, por fin pude tranquilizarme un poco; todavía me queda una mínima esperanza de que mis palabras puedan llegar a ti. Solo quedan tres horas antes de que me marche de la isla junto con mi amiga. Ojalá pudiera retrasarlo, pero no quiero meter a Paloma en problemas por mi culpa. Ya demasiado ha tenido que mentir para encubrirme.*

*No sé por dónde empezar a contarte lo que no he tenido el valor de decirte en persona. Nunca he escrito una carta a nadie y no soy una habilidosa escritora como tú, pero trataré de expresarme lo mejor posible.*

*Todo este tiempo que pasamos juntos, estas dos semanas, desde la primera vez que nos vimos te he mentido, al igual que tú a mí. ¿Pensabas que no iba a darme cuenta? No puedes mentir a un mentiroso, siempre te va a cazar. Ni eres escritor ni tu nombre es Daniel, al igual que yo no soy historiadora ni mi nombre es Beatriz. Estoy segura de también te diste cuenta enseguida de que estaba mintiendo, pero al igual que yo, decidiste callar aunque todavía sigo sin saber cuáles fueron tus motivos. Quizás porque estés casado, quizás pensabas pasar un tórrido romance veraniego con una desconocida y luego volver con tu mujer como si nada hubiese pasado, pero algo no me cuadra. Mi instinto me dice que esa no es la razón, sino otra muy distinta. ¿Cuál? Eso es algo que se me escapa. Ahora tú te estarás preguntando ¿por qué te mentí yo? En el fondo lo sabes, sabes cuál es mi verdadera naturaleza. Aunque suene triste, eres la única persona que realmente me ha conocido de verdad. "Niña buena, hija*

*modelo, alumna perfecta, mejor amiga, mujer encantadora, novia amorosa" esto es lo que soy para el resto del mundo. Nadie quiere conocer mi realidad. Me gustaría ver la cara de mis padres y mi novio si leyesen esto. El cómo disfruto hundiendo la vida de la gente, sobre todo de los hombres; ver como entregándoles unas palabras bonitas y un poco de comprensión y afecto caen rendidos a mis pies arrastrándose para mendigar un pizca de mi atención.*

*Soy una persona despreciable y lo sé, y lo sabes; era lo que pretendía hacer contigo, pero esta vez la cosa no salió como yo esperaba. Una estruendosa alarma empezó a sonar en mi cabeza el día que pasamos juntos en el pueblo los dos solos, cuando nos encontramos de causalidad, ¿lo recuerdas? No podía dejar de escucharte, y de mirarte. Adoro la forma en que tus manos se mueven mientras hablas sobre los temas que realmente te apasionan, como la fascinante historia de la destartalada iglesia. Cuando quise darme cuenta, el día dio paso a la noche, fue como un segundo y a la vez lo sentí como una eternidad. Era todo tan mágico... sigo pensando si ocurrió en realidad o si solo fue un hermoso sueño. Todavía, al recordarlo, mi piel se estremece y mi corazón se acelera de nuevo, golpeando mi pecho como un tambor. ¿Cuánto tiempo pasamos en el interior de esa vieja iglesia? Mi memoria solo puede recordar tus manos repasando cada centímetro de mi piel, tus brillantes ojos negros sobre mí, devorándome, recorriéndome mientras me estremecía bajo el calor que desprendía tu cuerpo sobre el mío. No sabes lo que significó esa noche mí; no solo por ser nuestra primera vez, sino porque esa noche encontré lo que había estado buscando durante mis veinticinco años de vida; un igual, un alma gemela. Perder el control y dejarme llevar por ti, esa sensación única, dejar de ser la diosa para convertirme en la mujer. Me miraste a mí, no a través de mí. Desde esa noche, mi corazón te pertenece al igual que yo poseo el tuyo. Por eso, me niego a creer que te hayas marchado dejándome atrás. No me importa cómo te llames en realidad, no me importa lo que hayas hecho, no me importa nada; solo quiero volver a estar contigo.*

*Si llegas a leer esta carta, rezo porque así sea, ya estaré muy lejos de aquí, pero quiero que sepas que mi vida ya nunca volverá a ser la misma. Antes de venir a esta isla de vacaciones con Paloma, me sentía vacía, como si nada tuviese sentido; sí, cualquiera que me conozca te va a decir que cómo una joven recién graduada en derecho, a punto de casarse y con unos padres que la adoran, un novio que la idolatra y una brillante carrera como abogada por delante puede decir semejante estupidez. "Una niña pija mimada, insatisfecha por todo porque lo tiene todo" te dirán muchos. "Una niña pija mimada que lo tiene todo, pero en realidad no tiene nada" te diré yo. A tu lado he podido ser yo misma, sin miedo a nada, aceptarme como soy, dejar de ser una bella muñeca, una carcasa sin sentimientos ni corazón que para sentirse menos miserable se deleitaba con el sufrimiento de los demás en secreto.*
*Dentro de seis meses regresaré a la isla, a este mismo hotel y te esperaré*

*en el mismo lugar, a la misma hora, donde nos encontramos por primera vez. Podría dejarte mi número de móvil, pero sé que eres demasiado paranoico y cuidadoso como para llamarme. Sea lo que sea en lo que estás metido, por favor, te lo pido, ten cuidado, regresa sano a salvo a mí. Puedes estar seguro; pase lo que pase, allí estaré. No pienso permitir que te conviertas en el bello recuerdo de una noche de verano.*

*Te quiero, por siempre tuya."*

Arthur dobló con extremo cuidado la carta y la volvió a guardar en el sobre antes de meterla en uno de los bolsillos laterales de su pequeña bolsa de mano. Tratando de recomponerse, se acercó a la taza de café que descansaba en la mesita de la habitación del hotel, pasando el dedo índice por el borde, acariciándolo. Cerró los ojos con fuerza, aspiró profundamente y aferrando el asa de la maleta, salió de la habitación. Dejó la tarjeta en la recepción, pagó la factura y justo cuando iba a abandonar la recepción, un chico joven le entregó un móvil y se fue. A los pocos segundos comenzó a sonar. Arthur, descolgó mientras caminaba.

— ¿Tienes el paquete? —le preguntó una voz grave y cascada al otro lado. Una voz que Arthur conocía perfectamente.

—Sí.

—Perfecto. Te esperamos.

—Recuerda tu promesa —le dijo Arthur antes de subirse al taxi de camino al aeropuerto.

—Tranquilo, a la mujer no le pasará nada. Un trato es un trato.

Sin ni siquiera dignarse a responder a su interlocutor, Arthur colgó y recostándose en el asiento trasero del taxi sacó de nuevo la carta. Llevándosela a la nariz, aspiró la delicada fragancia a jazmín que desprendía. Sacándola de nuevo del sobre, volvió a releerla con una triste sonrisa en los labios.